

siegos y las penurias de cada día; son los libros que representan un vínculo con lo histórico, los que le ayudan a la historia a determinar, en los hechos del tiempo y del espacio, al elemento humano. A toda esa escritura, que discurre entre la confesión y la entrevista, entre el recuerdo y la ilusión, es necesario agregar nuestra gratitud por la galería de fotos con que se nos regala en esta edición del FCE, retratos que van más allá de la sugerencia textual para involucrarnos en esas décadas de nuestro siglo.

FRANCISCO JAVIER PÉREZ TORRES
Universidad Iberoamericana

Corral, Rose, Arturo Souto Alabarce y James Valender, edits.
Poesía y exilio. Los poetas del exilio español en México. México: El Colegio de México, 1995.

Gracias a la edición de Rose Corral, Arturo Souto Alabarce y James Valender, las ponencias del Coloquio Internacional sobre *Los poetas del exilio español en México*, celebrado en El Colegio de México del 24 al 28 de mayo de 1993, integran un libro que cumple varias expectativas. No es poco mérito si recordamos que una cosa es el evento, su recepción oral (des)animada por los participantes, y otra la lectura de los textos en reposo. Contrariando la inercia de sobrecargar los espacios privilegiados de lectura del libro académico, el presente elude el aura prestigiosa de los subtítulos al uso: "Actas del Coloquio..."

Varias decisiones favorecieron el trabajo de los editores, integrantes de la Comisión Organizadora del Coloquio junto con Rebeca Barriga Villanueva y Carlos Blanco Aguinaga. Enfrentados a la diversidad de una literatura que por más de cincuenta años ha echado raíces en distintas fronteras culturales, los organizadores eligieron una de las expresiones más ricas y, paradójicamente, menos estudiadas de ese *corpus* "extraterritorial": la poesía de los exiliados en México. A la delimitación genérica y geográfica se sumó otro acierto: el de la convocatoria a investigadores profesionales del país y del extranjero (España, Inglaterra, Canadá y Estados Unidos), a diversos ensayistas mexicanos no necesariamente ligados al quehacer académico y al mayor número posible de poetas y críticos de la segunda generación del exilio.

Del oído a la vista, la pluralidad de los ponentes se acrecentó por la reubicación temática de los textos en ocho capítulos: "Poesía y exilio" (espléndida conferencia inaugural de José Ángel Valente). "Los poetas en su obra" (Carlos Blanco Aguinaga, María Luisa Capella, Juan Pérez de Ayala, Federico Álvarez, Catherine G. Bellver, Francisco Chica, Margery Resnick, Horacio López Suárez, Federico Patán, José Ángel Ascunce Arrieta), "Cinco libros" (Aurelio González, Rose Corral, Yvette Jiménez de Báez, Teresa Hernández Fernández, Derek Harris), "España y el Nuevo Mundo" (Juan Manuel Díaz de Guereñu, Liliana Irene Weinberg de Magis, Nigel Dennis, Anthony Stanton, Bernard Sicot, José Emilio Pacheco, Jaime Labastida), "Los poetas y las revistas" (José Luis Martínez, Martí Soler, Guillermo Sheridan, James Valender), "Poetas y pintores" (Arturo Souto Alabarce, Adolfo Castañón, Enrique de Rivas, Tomás Segovia), "Experiencias del exilio" (Manuel Durán, Gabriel García Narezo, Angelina Muñiz-Huberman, Nuria Parés, José Pascual Buxó, Francisca Perujo, Adolfo Sánchez Vázquez, Ramón Xirau) y "La segunda generación" (Susana Rivera, Eduardo Mateo Gambarte, Gabriel Rojo, Gonzalo Celorio).

El testimonio de los hispanomexicanos aporta al libro la vivacidad de la historia oral, cernida por el tamiz de la crítica y la erudición. Basta con ir directamente a las "Experiencias del exilio" para comprobar que la recuperación de la memoria puede servirse de reconstrucciones tan eficaces como la mitológica de Pascual Buxó, o la hermenéutica de Muñiz-Huberman. Si bien en otros capítulos el relato de experiencias testimoniales pasa a segundo término, las ponencias de Soler, Souto Alabarce, De Rivas y Segovia demuestran que es imposible ignorar lo que se ha vivido. Mientras el primero implica, a partir de la experiencia fronteriza de su poesía escrita en catalán y castellano, la proliferación de revistas catalanas publicadas en el exilio por la doble necesidad de comunicación del escritor bilingüe; Segovia, poeta al fin, sabe que "la manera más eficaz de abordar [...] un poema no es expresar dolor, sino mostrarnos cómo se ve el mundo desde ese dolor" (345-346). Sin duda, los capítulos más beneficiados por la presencia hispanomexicana son los que concentran las lecturas de la poesía. En estos apartados (II, III, y IV), el diálogo entre las interpretaciones marcadas por la experiencia del exilio y las lecturas ajenas a esa vivencia histórica confiere una tensión inusitada a la obra poética de Cernuda, Moreno Villa, León Felipe, Bergamín, Prados, Garfias, Rejano y Gaya, entre los autores más asediados. Desde ambas orillas de la crítica, se confirman las palabras certeras de Valen-

te: “el exilio no es más que la condición humana llevada al extremo” (23).

Sólo por abreviar he seguido las resonancias hispanomexicanas reunidas en el Coloquio. Ante la imposibilidad de escuchar por separado las voces del otro “coro”, a continuación menciono algunas ponencias inscritas en líneas temáticas apenas señaladas. Martínez, Soler, Sheridan y Valender aportan el registro minucioso de su paso por las hermerotecas para difundir la articulación del exilio en las revistas de factura mexicana, española y catalana. En otra vertiente de intereses, los ponentes de “España y el Nuevo Mundo” encuentran las repercusiones intertextuales de las obras de Larrea, Bergamín, Cernuda, Aub y Bartra en la cultura y los poetas mexicanos. Como pocas, las palabras de Pacheco resumen la propuesta central del apartado y el espíritu del Coloquio: “La literatura es y tiene que ser desacuerdo y polémica, pero también conocimiento, intercambio y amistad [...] La casa de la poesía, el barco imaginario en que durante algunos años que no volverán se reconciliaron las dos orillas” (256-257).

La última manifestación que deseo apuntar del diálogo entre los “coros” del Coloquio fue la revisión del canon. Si el prestigio de una literatura es, en buena medida, producto de su construcción crítica, la poesía del exilio en México descansa en la molicie de sus cimientos mexicanos y españoles. Junto a la atracción constante por aquellas figuras “representativas” de la “España peregrina”, Capella, Álvarez, López Suárez y Patán no dudan en señalar lecturas parciales y olvidos no tan inocentes como el de Prados, señalado por Francisco Chica (77). A pesar de estas justas demandas, comparto el juicio de Segovia sobre la poesía de Gaya “probablemente la menos conocida de todas las que se han abordado o se van a abordar en un recuento como el que estamos llevando a cabo, donde precisamente es natural, por obvias condiciones históricas, que abunden las obras poco difundidas y aun poco escuchadas” (343) porque explica el movimiento oscilatorio de la crítica. Por ahora, figuras de enorme valía —Josep Carner, Manuel Altolaguirre, Enrique Díez Canedo, Juan José Domenchina, Juan Gil-Albert y Jomi García Ascot— aguardan el regreso del péndulo.

GUSTAVO JIMÉNEZ AGUIRRE
Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM